Durante esta jornada larga y laboriosa he gustado estos sencillos teoremas más que sus demostraciones, muchas de las cuales para ser cabalmente comprendidas, requerirían más de una hora cada una; este estudio, si tenéis la bondad de dejarme el libro, es el que me propongo emprender con espacio, luego que hayamos leído la parte restante, que se refiere al movimiento de los proyectiles; y lo haremos, si gustáis, mañana.

SALV.- No faltaré a ello...

Galileo: DIALOGO DE LOS SISTEMAS MAXIMOS*

SIMPLICIO. Yo, a decir verdad, no he hecho tan largas ni tan minuciosas observaciones que me permitan dominar el "quod est" de esta materia; pero de todos modos quiero hacerlas, y después ensayarme yo también, por si tuviese la fortuna de poner de acuerdo lo que nos sugiere la experiencia con lo que nos demuestra Aristóteles, porque es evidente que dos verdades no pueden contrariarse.

SALVIATI. No os costará ningún trabajo, siempre que queráis poner de acuerdo lo que os demuestran los sentidos con las más firmes doctrinas de Aristóteles. Y en prueba de ésto ¿no afirma acaso él que de las cosas celestes no es posible tratar con exactitud a causa de su gran lejanía?

SIMPLICIO: Los dice claramente.

SALVIATI. ¿Y no dice él mismo que lo que la experiencia y los sentidos nos demuestran debe anteponerse a cualquier argumentación, aun cuando parezca bien basada? y, esto ¿no lo afirma sin el menor titubeo?

SIMPLICIO. Lo afirma.

SALVIATI. Entonces entre estas dos proposiciones, que son ambas doctrina de Aristóteles, la segunda, que afirma deberse anteponer los sentidos al razonamiento, es doctrina mucho más firme y evidente que la otra, que supone que el cielo es inalterable; y, por lo tanto, filosofaríais más aristotélicamente afirmando: "el cielo es alterable, porque así me lo demuestran los sentidos," que no diciendo: "el cielo es inalterable, porque así me convence el razonamiento de Aristóteles".

Añadido que nosotros podemos discurrir sobre las cosas del cielo en condiciones mucho más favorables que Aristóteles, quien al declarar que este conocimiento era difícil para él a causa de la distancia de los sentidos, admite implícitamente que podría filosofar con mucha más seguridad acerca de ellas quien estuviese mejor ayudado por los sentidos. Y ahora nosotros, gracias al invento del telescopio, nos hemos aproximado al cielo treinta o cuarenta veces más de lo que estuviera de Aristóteles

---

* Esta selección se ha tomado del libro de Julián Marías La filosofía en sus textos. Selección, comentarios e introducciones por Julián Marías. Tomo I De Tales a Galileo, Segunda Edición. México: 1963. D. R. Copyright (c) by Editorial Labor, S. A. Pp. 917-927. Reproducción hecha con permiso de los editores.

les, de forma que podemos percibir en él mil cosas que no pudo ver, y, entre otras, aquellas máculas solares que fueron absolutamente invisibles para él; y así, pues, podemos nosotros discertar más seguramente que Aristóteles acerca del cielo y del Sol.

SAGREDO. Yo me hago intérprete de los sentimientos del señor Simplicio y me doy cuenta de cómo él se siente remover por la fuerza de estas muy concluyentes razones; pero por otro lado, el hecho de ver la gran autoridad que ha adquirido Aristóteles universalmente, el considerar el número de los intérpretes famosos que se han esforzado en explicar su pensamiento, el ver que otras ciencias, tan útiles y necesarias al público, fundan una gran parte de la estimación y reputación de que gozan en el crédito de Aristóteles, lo confunde y atemoriza bastante; y me parece oírle decir: ¿y a quién recurriremos para decidir nuestras controversias si hacemos a Aristóteles descender de su cátedra? ¿A qué otro autor ha de seguirse en las escuelas, en las Academias, en los estudios? ¿Qué filósofo ha escrito acerca de todas las partes de la filosofía natural, y tan ordenadamente, sin dejarse atrás ni siquiera una conclusión particular? ¿Debe derribarse aquel edificio bajo el cual se acogen tantos caminantes? ¿Debe destruírse aquel asilo, aquel Pritaneo, en donde con tanta comodidad se refugian tantos estudiosos; en donde sin exponerse a las injurias del aire, con sólo consultar pocos papeles se adquieren todos los conocimientos de la Naturaleza? ¿Debe arrasarse aquel propugnáculo donde se permanece en seguridad contra todo asalto enemigo?

Le compadezco no menos que a aquel señor que, empleando mucho tiempo, con gastos inmensos, con el trabajo de multitud de artífices, construyó un palacio hermosísimo y que al verlo después amenazar ruina, por no haberse hecho mal los cimientos, para no ver con grandísima desolación desplomarse las paredes adornadas de pinturas tan bellas, caídas las columnas sosten de soberbias galerías, caídos los palcos dorados, arruinados los estípites, los frontispicios y las cornisas marmóreas labradas con tanto gasto, intente acudir a la ruina con cadenas, puntales, contrafuertes y barbacanas.

SALVIATI. ¡No tema el señor Simplicio semejantes catástrofes. Yo, sin que él tenga que preocuparse demasiado, puedo tranquilizarle acerca de ello. No existe el peligro de que una multitud grande de filósofos avisados y sagaces se deje aventajar por uno o dos que hacen un poco de ruido; antes bien: no volviendo contra ellos sus plumas, sino con el solo silencio los convertirán en el desprecio e irrisión de todos. Vano sería el

pensamiento de quien creyese introducir una nueva filosofía reprobando a este o aquel autor: es preciso, en primer lugar, aprender a rehacer el cerebro de los hombres y ponerlos en aptitud de distinguir lo verdadero de lo falso, cosa que sólo Dios puede hacer. Pero, de un razonamiento en otro, ¿adónde hemos ido a parar? Yo no podría volver a dar con el hilo sin ayuda de vuestra memoria.

SIMPLICIO. Lo recuerdo yo perfectamente. Estábamos discutiendo las respuestas del Antitycho a las objeciones contra la inmutabilidad del cielo, entre las cuales vos habíais introducido la de las manchas solares no mencionada por él; y creo que queríais examinar su respuesta acerca de las estrellas nuevas.

SALVIATI. Ahora me acuerdo de lo restante; y continuando la materia me parece que en la respuesta del Antitycho hay algunas cosas que merecen la crítica. Y ante todo, si las dos estrellas nuevas, las cuales éste no puede dejar de poner en las partes más alejadas del cielo y que fueron de larga duración y finalmente desaparecieron, no constituyen un obstáculo para mantener la inalterabilidad del cielo, por no ser partes ciertas de él ni mutaciones acaecidas en estrellas antiguas, ¿a qué fin ponerse con tanta ansiedad y afán en contra de los cometas, para arrojarlos a toda costa de las regiones celestes? ¿No le bastaba poder decir de ellos lo mismo que de las estrellas nuevas? Es decir, que por no ser partes ciertas del cielo ni mutaciones acaecidas en algunas de sus estrellas, no son inconveniente ni al cielo ni a la doctrina de Aristóteles. En segundo lugar, no me doy bien cuenta de su pensamiento cuando afirma que las alteraciones que acaeciesen en las estrellas irían en contra de las prerrogativas del cielo, o sea, de la inmutabilidad, etc., y esto porque las estrellas son cosas celestes, como es de manifiesto por la opinión unánime de todos, mientras que nada le perturba si las mismas alteraciones se diesen fuera de las estrellas, en el resto de la celeste expansión; ¿estima él quizá que el cielo no es una cosa celeste? Yo, por mi parte, creía que las estrellas se llaman cosas celestes por estar en el cielo o por estar hechas de la materia del cielo, y que, sin embargo, el cielo es más celeste que ellas, de la misma manera que no puede decirse que una cosa sea más terrestre o más ígnea que la tierra o el fuego mismo. El no haber hecho después mención de las manchas solares, las cuales se ha demostrado concluyentemente que se producen y se disuelven y que están próximas al cuerpo solar y giran con él o alrededor de él, me parecen indicio de que pudiese ocurrir que este autor escriba más bien a gusto de otros que satisfacción propia, y esto lo digo porque,

habiendo demostrado ser entendido en matemáticas, es imposible que no esté él persuadido de la demostración de que tales materias están necesariamente contiguas al cuerpo solar, y son generaciones y corrupciones tan grandes que ninguna de tal magnitud sucede jamás en la tierra; y así si tales y tan grandes alteraciones se verifican en el mismo globo del Sol, que razonablemente puede estimarse como una de las partes más nobles del cielo, ¿qué razón será lo bastante poderosa para disuadirnos de que no pueden acaecer otras en los demás globos?

SAGREDO. No puedo oír sin sentir gran estupor, y hasta diría con gran repugnancia de mi inteligencia, que se atribuye a los cuerpos naturales e integrantes del Universo el ser impasibles, inmutables, inalterables, etc., como una gran excelencia y perfección, y, por el contrario, estimar como gran imperfección el ser alterables, generables, mutables, etc.; yo, por mi parte, considero a la tierra nobilísima y admirable por tantas y tan diversas alteraciones, mutaciones, generaciones, etc., que en ella se verifican incesantemente; y si no estando sujeta a mutación fuese toda ella una vasta extensión de arena o una masa de alabastro, o si, al helarse las aguas que la cubrían en tiempo del diluvio, se hubiese convertido en un inmenso globo de cristal, donde jamás naciese, ni se alterase o se mudase cosa alguna, yo la estimaría como un cuerpo inútil al mundo, falto en absoluto de actividad, y, en resumen, superfluo y como si no existiese en la Naturaleza, tanto que lo compararía con la diferencia que existe entre el animal vivo y el animal muerto; y lo mismo digo de la Luna, de Júpiter y de los globos del Universo. Pero cuanto más me detengo a considerar la vanidad de la opinión general, más ligera y vacía la encuentro. ¿Qué mayor necedad puede imaginarse que aquella que llama materias preciosas a las gemas, a la plata y al oro, y viles a la Tierra y al fuego? ¿Y cómo no se les ocurre a esos tales que, si hubiese tanta escaséz de tierra como la hay de joyas y de los metales más preciados, no existiría príncipe alguno que con la mayor satisfacción no gastase una suma de diamantes y de rubíes y cuatro carretadas de oro por tener solamente la tierra que bastase para plantar en un pequeño tiesto un jazmín o sembrar en él un naranjito de la China, para verlo nacer, crecer y producir hojas tan bellas, flores tan olorosas y frutos tan gratos? Es, pues, la penuria y la abundancia las que dan precio y envilecen las cosas entre el vulgo, el cual dirá, por consiguiente, que aquello es un bellísimo diamante porque se parece al agua pura, y sin embargo, no lo cambiaría por diez toneles de agua. Los que exaltan tanto la incorruptibilidad, inalterabilidad, etc., creo que se limitan a decir estas cosas por su gran deseo de

vivir mucho tiempo y por el terror que tienen de la muerte, y no consideran que si los hombres fuesen inmortales no les hubiera correspondido a ellos venir al mundo. Merecerían encontrarse con una cabeza de Medusa que los transformase en estatuas de alabastro o de diamante para que llegasen a ser más perfectos de lo que son.

SALVIATI. Y tal vez semejante metamórfosis no sería sin alguna ventaja para ellos; porque creo que es mejor no discurrir que discurrir al revés.

SIMPLICIO. Y no hay duda alguna de que la Tierra es mucho más perfecta, siendo como es alterable, mutable, etc., que si fuese una masa de piedra, o aun cuando fuese un entero diamante durísimo e impasible. Pero estas condiciones, que tanta excelencia comunican a la Tierra, harían, sin embargo, más imperfectos a los cuerpos celestes, en los cuales serían superfluas, puesto que los cuerpos celestes -esto es, el Sol, la Luna y las otras estrellas, las cuales no están dispuestas para otro objeto, sino al servicio de la Tierra- no tienen necesidad, para conseguir su fin, más que del movimiento y de la luz.

SAGREDO. Conque ¿la Naturaleza ha producido y enderezado tan vastos, perfectísimos y nobilísimos cuerpos celestes, impasibles, inmortales, divinos, solamente para servicio de la Tierra, pasible, caduca y mortal?, ¿al servicio de los que vos llamáis la hez del mundo, la sentina de todas las inmundicias? ¿Y a qué propósito hacer a los cuerpos celestes inmortales, etc. para servir a uno caduco, etc? Suprimido este uso de servir a la Tierra, quedaría del todo inútil y supérflua la innumerable muchedumbre de todos los cuerpos celestes ya que no tienen ni pueden tener ninguna operación de intercambio entre ellos, porque todos son inalterables, inmutables, impasibles; porque si la Luna es impasible, ¿qué actividad queréis que el Sol u otra estrella desempeñe en ella? Será, sin duda alguna, una operación mucho menor que la que haría quien quisiese fundir una gran masa de oro con la mirada o con el pensamiento. Además, a mí me parece que, dado que los cuerpos celestes concurren a las generaciones y alteraciones de la tierra, es forzoso que ellos sean también alterables; de otro modo no podría comprenderse que la aplicación de la Luna o del Sol a la Tierra para hacer las generaciones no fuese como poner junto a la esposa una estatua de mármol y estár esperando prole de tal unión.

SIMPLICIO. La curruptibilidad, la alteración, la mutación, etc., no se dan en todo el globo terrestre, el cual, en